

## EL MAESTRO DUBEAU: CRONOLOGIA, SEMBLANZA Y PENSAMIENTO PEDAGOGICO

Por Rafael A. Brugal P.

### I. CRONOLOGIA

1857 – *Marzo 19.* Nace en San Cristóbal, hijo de Juan Dubeau y Gregoria Bremón.

1879.- Ejerce el magisterio por primera vez en la Escuela Preparatoria dirigida por José Pantaleón Castillo y Francisco Henríquez y Carvajal.

1880.- Contrae nupcias con Zenona Herrera y Alcántara.

1880.- Es profesor auxiliar en la Escuela Normal del educador puertorriqueño Eugenio María de Hostos.

1885.- Funda la Escuela Superior de Samaná.

1888 – *Marzo 2.*- El Ayuntamiento de Puerto Plata conoce en la sesión de ese día una comunicación de los señores Max C. Grullón y A. Zafra en la que se informa que el maestro titular, José Dubeau, llegará a bordo del vapor “Clyde” con el propósito de establecer en Puerto Plata una academia para adolescentes, solicitando del Cabildo que cuatro alumnos “visitaran la academia por cuenta del Municipio” pagando cien pesos por cuatro meses.

1888 – *Abril 28.*- El Presidente de la Junta Particular de Estudios, General Segundo Imbert, informa al Ayuntamiento haber nombrado al señor José Dubeau como director de la Escuela Nocturna con un sueldo de treinta pesos mensuales.

1888 – *Octubre 2.*- El profesor Dubeau informa al Cabildo que por “razones de economía y por otras aún más poderosas” había resuelto cerrar desde ese día el establecimiento de enseñanza que dirigía.

1889 – *Septiembre 23.*- Es nombrado director de la Escuela Superior de Varones.

1890 – *Junio 18.*- Enterado el Ayuntamiento de que el señor Dubeau pensaba retirarse de Puerto Plata, y con el fin de que esto no sucediera y continuara prestando sus servicios profesionales, acordó votar la suma de diez pesos mensuales, reservándose “señalarle en tiempo oportuno el servicio que debe prestar en esta jurisdicción”.

1890 – *Agosto 26.*- El profesor Dubeau acepta la proposición del Cabildo.

1890 – *Septiembre 19.*- El Cabildo acuerda corroborar con los deseos del profesor Dubeau de establecer un plantel de instrucción pública en el que se darían clases superiores a jóvenes que para ello estuvieran preparados, aceptándose por cuenta del Ayuntamiento 10 jóvenes a cambio de la asignación que le había sido hecha, no obstante seguir dicho profesor dando las clases que tenía a su cargo en el colegio El Nacional.

1890 – *Octubre 1.*- Funda la Escuela Superior Isabel de Torres.

1892 – *Mayo 28.*- Debido a la situación económica del Cabildo, entre otras medidas se acuerda suspender la clase que dotada con veinte pesos que daba el profesor Dubeau en el Colegio El Nacional.

1893 – *Abril 11.*- El Ayuntamiento somete a la Junta de Estudios una serie de reformas, entre las que se encuentra la fusión de la Escuela Superior Isabel de Torres con el Colegio San Felipe, manteniendo al señor Dubeau, como director y a Federico Llinás de Santamaría (director del Colegio San Felipe) como subdirector, devengando ambos, la suma de 65 pesos mensuales.

1893 – *Abril 18.*- El Cabildo acuerda señalar en 80 el número de alumnos para el nuevo colegio Isabel de Torres, y se le asigna la suma de tres pesos para gastos de tiza y agua en el mes.

1893 – *Mayo 1.*- Comienza a funcionar el nuevo colegio Isabel de Torres.

1893 – *Diciembre 30.*- El profesor Dubeau somete al Ayuntamiento una terna integrada por Federico I. Henríquez, J. Mathieu, Félix Ma. Nolasco hijo para sustituir al profesor Luis Pecunia, que había anunciado que renunciaría.

1894 – Agosto 21.- Una comisión integrada por los regidores Klusener, Zafra y Lithgow, que debía seleccionar a los directores y profesores de las distintas escuelas del Municipio escoje al señor Dubeau como director de la Escuela Superior de Varones.

1895 – Abril 9.- Debido a las quejas del señor Dubeau por la inasistencia de los alumnos a clase el Ayuntamiento acordó “encargar a la policía que investigue semanalmente con los padres de familia las causales de la inasistencia de sus hijos a las aulas y dar cuenta del resultado al Municipio”.

1897 – Agosto 8.- Obtiene su título de maestro normal en el Colegio Central de Santiago, el joven Armando Rodríguez Victoria, primer aspirante a grado preparado en la escuela bajo la dirección del señor Dubeau.

1898.- En colaboración con Antera Mota de Reyes, presenta en el Colegio Central de Santiago a los jóvenes Mercedes Schild, Mercedes Jiménez, Beatriz Dalmasí, Felipa Imbert, Teresa Meunier Lovatón, Juana Martínez, Alejandro de la Cruz, Rafael Cordero, Tácito Cordero y Henry Enmanuel Ashton.

1899 – Enero 24.- Renuncia como director y profesor de la Escuela Superior de Varones.

1899.- Después de la muerte del Presidente Heureaux es electo diputado por Puerto Plata.

1900 – Enero 19.- La Junta Superior de Estudios informa al Cabildo que el profesor Dubeau le ha comunicado que regresará definitivamente a Puerto Plata entre abril o mayo.

1900 – Junio 19.- El Ayuntamiento solicita a la Junta Provincial de Estudios\* informarle si había recibido alguna comunicación del profesor Dubeau, ya que éste no había regresado en la fecha prometida, y extraoficialmente se había dicho que pensaba permanecer definitivamente en Santo Domingo, o si había solicitado alguna prórroga que justificara su continua ausencia.

1901 – Enero 25.- La Junta Provincial de Estudios informa al Ayuntamiento que ha recibido una comunicación del señor Dubeau

---

\* En distintas Actas Municipales aparece este organismo denominado indistintamente Junta Particular de Estudios, Junta Provincial o Junta Superior de Estudios.

en la que daba seguridades de que regresaría a Puerto Plata para hacerse cargo de la dirección de la Escuela Superior de Varones, la cual estaba en proceso de reorganización.

1903 – *Octubre 21.*- El Ayuntamiento consigna en su presupuesto la suma de 65 pesos mensuales a partir del 1 de enero de 1904 como sueldo al señor Dubeau, como co-director de las Escuelas Normal de Varones y Superior de Hembras al considerar que sus servicios eran “valiosísimos para la instrucción pública de Puerto Plata”.

1907.- Pasa a Moca como Director de la Escuela superior.

1910 – 1917.- Es Inspector de Escuelas y luego Intendente del Departamento Norte, con sede en Santiago.

1918.- De nuevo y para siempre en Puerto Plata, dedicado a la enseñanza.

1925.- Muere el maestro!

## II. SEMBLANZA

Nadie mejor que sus alumnos pueden dar una exacta semblanza del maestro Dubeau.

Armando Rodríguez, quien fue el primer alumno del maestro Dubeau en graduarse de Maestro Normal escribe:

“Dubeau fue un maestro vocacional, para quien el magisterio significó siempre un verdadero sacerdocio. En un medio hostil, contra viento y marea, en lucha con dos enemigos sañudos, —el fanatismo y la ignorancia— Dubeau conquista la honra de implantar en Puerto Plata la enseñanza racional y de haber mantenido en perpetua vigencia el principio de la neutralidad de la escuela, así en lo confesional como en lo político”...

“Para Dubeau la escuela debía ser almáciga de hombres, fragua de caracteres; y fiel a ese credo, a esa concepción hecha carne en su espíritu, ponía especial y tesonero empeño en la formación del carácter, por medio del ejemplo, la disciplina, los preceptos y el cultivo solícito de la sensibilidad íntima. Siempre creyó que transmitir conocimientos a secas, sólo conduce a la deformación de la naturaleza humana. Ejemplarmente, enseñó siempre que la más

grande satisfacción que le es dable al hombre alcanzar en esta vida transitoria, está vinculada a la observancia religiosa de la ley moral, al estricto cumplimiento del deber.

“En labios de aquel maestro, la Historia se convertía en docencia cívica, principalmente. En el aula y fuera del aula, Dubeau resultaba siempre un ciudadano en activo servicio, viril y sin miedo: un carácter austero y entero. Hay un Dubeau íntimo, que muy pocos conocen, y me complazco en exhibirlo aquí por medio de un sencillo hecho. Dubeau nació en un campo de los alrededores de la histórica San Cristóbal. Su padre era de raza blanca; de raza negra —una humilde campesina— la madre. Desde muy tierna edad, el padre se lo llevó consigo lejos de la madre, y lo crió en el engaño de que ésta había muerto. Hombre ya, hubo quien le revelara a Dubeau que su madre, cuyo paradero se ignora, vivía, y le dio el nombre y las señas de la misma. Tras algunos años de incesante busca, Dubeau halló a su madre, y la condujo al hogar que él tenía formado, la colmó de bienestar, contento y paz, y al cabo de muchos años, la anciana se durmió para siempre en los brazos del hijo abnegado. Frecuentemente fui testigo de una escena conmovedora: Dubeau, rebosante de satisfacción hacía la presentación de la anciana madre a algún visitante encopetado. Qué altura, qué elevación moral la de este hombre! ”.

El historiador Rufino Martínez escribió esta semblanza:

“Era un educador, educador auténtico; calidad esta en la República Dominicana, de una ingente significación, no por lo que la sociedad le reconoce y concede, sino por lo necesitada que estuvo y está ella de tales valores. La principal condición de ese espécimen de ser modelador de generaciones, es de índole personal: SER hombre. Esta que es acaso la primera de las profesiones, la poseía José Dubeau. Y porque era hombre, mantenía en alto la dignidad de su apostolado, no desacreditándole ni desvalorizándole con cobardías y servilidades humillantes. El estaba entre los hombres dignos y de altura, como ellos, no menos que ellos. En cuanto a sus discípulos, la materia plástica de su labor predilecta, tendió a imprimirles la rectitud y valor que hacen libres a los hombres”.

### III. EL PENSAMIENTO PEDAGOGICO

El pensamiento pedagógico del maestro Dubeau está expuesto en su libro *Procederes, Guía para Maestros*, que escribió posible-

mente a principio del siglo y que ese gran educador antillano Eugenio María de Hostos sugirió que se titulara "Admoniciones".

*Procederes* fue editado en 1978 por un grupo de puertorriqueños a cuya cabeza se hallaba el doctor Sebastián Rodríguez Lora. Además de esta obra, el maestro Dubeau publicó en la ciudad de Santiago *El Lenguaje de los Niños*, dedicada a los maestros normales de primera enseñanza de la provincia. Además escribió un *Salmo Infantil*.

Del libro *Procederes, Guía para Maestros*, extraemos los criterios del maestro, partiendo de su concepto sobre la pedagogía.

## PEDAGOGIA

La pedagogía es una ciencia de experimentación y observación, cuyos principios y doctrinas se comprueban y realizan en el arte y resultados de la enseñanza. A este resultado debe dirigir el maestro todo su interés, y dedicar toda su consagración, por la directa responsabilidad que respecto del carácter, ilustración y cualidades morales de su alumno, contrae con la sociedad (p. 16).

## A LOS MAESTROS

*Maestro sin vocación, cometido sin corazón.* Es tal el magisterio, que no bastan para su desempeño la completa preparación intelectual, ni las exigidas condiciones de buenas costumbres por parte de quien a él deba dedicarse. Es preciso servir con amor esta profesión, y con todo desprendimiento; con la abnegación necesaria para desoir la voz del amor propio y de las preocupaciones personales; con mucha fuerza de voluntad para combatir las inclinaciones y las malas tendencias de nuestra alma; con mucha paciencia para insistir en el propósito de bien, a pesar de que, al parecer, se aleje más el objeto perseguido; con gran flexibilidad de carácter y de temperamento para someterse en las ocasiones en que parezca que resiste la dignidad personal o que se sacrifican las propias inspiraciones, en fin, con todos los requisitos de propia impersonalidad consistentes al gran concepto en que han de tenerse las importantes funciones sociales que se ejercen en la escuela. Recapacita y estudiate a tí mismo, antes de resolverte. Si no te sientes con vocación no sirvas la profesión (p. 18).

*No quieras hacer un erudito de tu discípulo.* La tarea del maestro no consiste en embutir muchas cosas en la cabeza del educando. Es preciso comprender bien el propósito de la enseñanza.

Esta educación racional no se paga de antojos, ni se enamora de apariencias, ni se aferra a ninguna idea preconcebida. Hay tres fines que debemos proponernos con nuestro educando: instruirlo, desarrollarle todas las facultades de su espíritu y hacerlo bueno. Lo último debe interesarnos tanto como lo segundo; y lo primero es, quizás, lo que menos debe preocupar a un buen maestro de la niñez (p. 19).

Si los conocimientos que se adquieren en la escuela van a ser mañana otros tantos medios de atender al propio sostenimiento, como primera necesidad, la educación del cerebro con el desarrollo simultáneo de todas sus partes, dan al hombre aptitud para aplicar juiciosa y eficazmente aquellos, despertándole, con la cultura intelectual, ideas, tendencias y aspiraciones que le constituyan en factor consciente y entusiasta de la mejora social (p. 20).

El discípulo necesita conocer por sí mismo la naturaleza, ponerse en condiciones de ser útil a sus semejantes y de disfrutar la serenidad y contento de una conciencia tranquila. No conocer muchas cosas en la escuela, sino ser capaz de conocerlas después, por sí mismo, y, sobre todo, sentir la necesidad de conocerlas, y aplicar sus conocimientos al propio y al ajeno bienestar (p. 20).

La cultura intelectual y moral deben ser las que se necesiten para que el hombre se ponga a la altura de su propia dignidad; para que se conciba y sienta en su alma el bien universal; para que se aplique y despliegue con acierto todas sus actividades en la adquisición de la verdad y en el cumplimiento de lo bueno; para que sea un instrumento racional de los designios de la providencia (p. 20).

*Haz por tu alumno lo que aconsejen tu criterio y tu buena voluntad.* Aunque parezca extraño, la mayor dificultad que encuentra muchas veces el maestro a la dirección de su discípulo, proviene de los padres de éste, ya dando a su hijo más crédito del que realmente merece, ya juzgando mal una disposición, ya interpretando torcidamente una palabra o una frase. Siempre rebajando y juzgando al maestro, siempre murmurándole, por la gran razón de dedicar a su hijo su vida y su reposo, por hacer con el hijo ajeno quizás más de lo que haría por el suyo propio (p. 24).

*Si tropezares con la ingratitud, hazte a un lado, no te detengas a mirarla.* En esta profesión que es toda ajeno y desinterés, desventurado el maestro que no emprende su vía crucis con entera abnegación (p. 25).

Trabájese, cúmplase el deber, que la propia satisfacción es lo único que debe esperarse (p. 25).

*Cuando se ensalce una virtud, cítense y elógiense las personas que la practiquen.* Hay hombres que miran con envidia y mala voluntad el buen nombre de los otros, y que evitan cuanto pueden el citar con justa alabanza a los que la merecen. Hagamos cuanto podamos por arrancar del corazón de nuestros discípulos las raíces de esta pequeñez de sentimientos, y enseñémosles que quien reconoce y proclama la ajena grandeza está ya en camino de labrar la suya propia (p. 27).

*El intelecto de tu discípulo no es obra tuya.* No creas que tu alumno es un ciego, y tú su lazarillo, y que lo puedes conducir, a mansalva, por el camino que se te antoje. El cerebro del niño no es una superficie de cera blanda que sólo espera nuestro estilo para dejarse ahondar todas las impresiones que nazcan de nuestro capricho, de nuestra impaciencia, de nuestra apatía o de nuestra inhabilidad.

El alma del niño tiene ya la potencia de todas sus facultades, y no podemos ni quitarle ni ponerle nada. En el proceso de la actividad intelectual y de la instrucción consiguiente, sigue la naturaleza leyes que el maestro no puede violar, y sería tirar coces contra aguijón si pretendiese un resultado contrario a la evolución y progresión natural y espontánea que se verifica en el desenvolvimiento y crecimiento potencial del alma, en la adquisición de conocimientos y en la fisonomía propia y temperamento ulteriores (p. 35).

## AMOR A LA ESCUELA

*No tengas predilectos. Nunca hay razón para las preferencias.* El maestro no debe complacerse en unos más que en otros, porque todos tienen el mismo derecho a su celo, a su interés y a su afecto. (p. 44).

*Afabilidad y confianza, pero no como a igual.* El maestro debe huir de la adustez y la dureza, y ser afable y comunicativo con sus discípulos. La seriedad es una y el ceño es otra. La seriedad no se expresa en la cara, y las arrugas del ceño no dan a conocer el carácter, sino la disposición de ánimo (p. 44).

Pero que recuerde siempre la distancia que lo separa de su discípulo, para que no lleguen a ser camaradas, ni se pierda el respeto, ni se relaje la disciplina del plantel (p. 44).

*No impongas como castigo las tareas escolares.* Si las tareas se imponen como castigo al educando, el dolor del castigo se extiende y



se rebela contra el trabajo, y se hace con gran disgusto el estudio impuesto como pena. Desde ese momento aquél nos traerá el recuerdo de ésta, y puede el educando, por una aberración de capricho infantil, atribuir al estudio o trabajo que se le exige la molestia y desazón que le ocasiona el cumplimiento de la pena. Si alguna tarea se le impone como castigo, que no sea el estudio de cosa ninguna que vaya a ser después el asunto expreso de una lección (p. 48).

*Trabaja tú con entusiasmo.* Si es cierto que sirves el magisterio por vocación, y que te entregas con gusto a tus faenas escolares, nada lo demostrará mejor que el entusiasmo con que las desempeñas. Si lo haces por necesidad, tu disgusto se manifestará en tu displicencia y tu desgano, y tu alumno se te contagiará (p. 49).

## DISCIPLINA

*Trata con cierta deferencia a los alumnos mejores.* La preferencia encona e irrita, la deferencia estimula. La preferencia deja cierto desabrimiento que puede convertirse hasta en mala voluntad; la deferencia, en vez de lastimar, produce cierta complacencia y llega a despertar en los otros las condiciones que las merecen (p. 52).

*Precepto que se descuida, perjudica.* La escuela es una sociedad en pequeño y, como en todas ellas, el orden, la disciplina, el buen comportamiento se consiguen a favor de la observancia de los preceptos establecidos. La falta de ley escrita haría menos daños al establecimiento que la inobservancia de la existente (p. 54).

*Que tus alumnos se respeten mutuamente.* La falta de respeto mutuo, la desconsideración es motivo de continuas quejas, de reyertas y resentimientos que si son advertidos por el maestro, el menor mal que pueden producir es la repetida interrupción de la clase y de los trabajos; y si pasan inadvertidos peor, porque van creciendo y cundiendo sin que el maestro pueda intervenir a tiempo, hasta que, cuando estallan, son ya muy grandes las consecuencias y la escuela es una babel.

## DESARROLLO MENTAL

*Palabras sin imágenes no producen apercepción.* El verdadero conocimiento consiste en la asimilación en la cosa misma que es objeto de él. El desconocimiento de esta verdad no es error exclusivo de la enseñanza de memoria, pues muchos maestros de los que cultivan la razón de su educando, se contentan muchas veces con

darle a conocer el nombre de la cosa. Es preciso que primeramente tengan percepciones, pero en presencia del objeto; y sólo después, cuando lo haya visto todo claro y exactamente, tendrá el verdadero conocimiento rápido del conjunto, que es la apercepción (p. 64).

*Que tu alumno busque las palabras adecuadas.* Hay tal conexión y dependencia entre las ideas y el lenguaje, y es tan preliminar el conocimiento del término adecuado, que un maestro de experiencia siempre debe esperar que su educando lo encuentre por sí mismo. Obligándolo a ello se le obliga a pensar y se le aguza el entendimiento y, cuando haya salido airoso en su esfuerzo, adquiere mayor confianza en sí mismo (p. 64).

*La ajena autoridad no da conciencia cabal.* La utilidad del libro es para aprovecharse en la enseñanza inductiva, porque ya el estudiante es capaz hasta de corregir las distracciones del autor. No así en la enseñanza intuitiva, en la cual lo que más se propone el maestro es el desarrollo de las facultades del niño, y sabido es que el vigor y poder de la mente sólo se alcanza con el ejercicio de las potencias mentales (p. 67).

*Al principio los sentidos y la imaginación.* Si los sentidos son los únicos instrumentos de prehensión y aprehensión de todos los materiales con que han de elaborarse nuestras ideas, claro es que la primera instrucción ha de ser la que nos suministren las impresiones sensibles, mayormente cuando son la primera de nuestras potencias espirituales capaces de mayor ejercicio y desarrollo (p. 67).

*Consigue la concentración a pesar de los agentes externos de distracción.* Puesto que no hemos nacido para hacer vida de anacoreta, sino para vivir entre los otros hombres, conviene que el hombre pueda hasta reflexionar en medio del ruido y las molestias que le rodean. Y creemos que esto sería posible si desde la niñez se acostumbra al educando al trabajo mental, sobreponiéndose a los agentes externos que puedan solicitar su atención. Y creemos que a fuerza de constancia y propósito puede alcanzarse este poder de concentración, aunque nunca debe ser tan intenso que llegue al insimismamiento (p. 70).

*Llama la atención hacia los objetos bellos.* Hay un interés estético en que el niño se ponga en contacto con las cosas bellas, ya artificiales, ya naturales, puesto que desde temprano debe despertarse, crear en su ánimo el gusto artístico, tan propio del hombre culto, tan a propósito para acallar las tumultuosidades de los malos

sentimientos, y tan necesario al que ha de dedicarse más tarde a la literatura o a alguna de las bellas artes (p. 72).

*Que tu alumno tenga tiempo de reflexionar.* La precipitación es contraria a la elaboración del pensamiento. Conviene dar tiempo al niño a que "entre" natural y voluntariamente en sí mismo, y se dé cuenta consciente de los movimientos del yo pensante. Para que la idea sea firme y la convicción cabal, es bueno que el discípulo tome las nociones que va adquiriendo y las asocie y las combine, y sienta la suspensión de su intelecto entre dos direcciones opuestas, a fin de que la senda que tome sea producto de su propio esfuerzo mental. Con esta operación se desarrolla la mente, se adquiere confianza en sí mismo, se capacita más para la averiguación de la verdad, se tiene tiempo de advertir los errores y las distracciones y se forman los cerebros pensadores (p. 72).

*Reflexión interrumpida, perdida.* El hombre mismo halla dificultad en atar de nuevo el hilo de una reflexión cuando por alguna causa ha tenido que interrumpirla. ¿Qué ocurrirá a un niño con su volubilidad y su debilidad mental? Ciertamente que es de desear que el niño se acostumbre a concentrar su atención a pesar de lo que pueda distraerle; pero que no sea la voz del maestro para llamar su atención a otra parte ni para que suspenda la reflexión por ir mal encaminado, pues desde aquel momento todo será vaguedad y confusión en su cerebro (p. 73).

La facultad retentiva es de las más importantes. La proporción de los conocimientos conscientes adquiridos está en razón directa del desarrollo de la facultad de retener y traer de nuevo a la mente (p. 75).

*Ponte en lugar de tu alumno.* No pretendas que tu labor escolar alcance resultado para tus alumnos tan pronto como lo alcanzaría si se tratara de hombres. Las potencias intelectuales del niño no existen sino en germen, y su desarrollo es obra lenta que en el transcurso del tiempo van verificando las influencias y la eficacia de su propia, pero muy débil virtualidad (p. 77).

El desarrollo del cerebro del educando es obra del tiempo, de la habilidad, de la perseverancia y de la paciencia de su instituir (p. 77).

## ADELANTO

*Refrena y contén al precoz e impaciente.* A veces la exageración del propio poder intelectual lleva al alumno hasta la impertinencia; y

entonces es preciso convencerlo de la necesidad de ir un paso tras otro y, si se necesita, del error en que está acerca de la elevada opinión que tiene de sí mismo. Esto último debe hacerse con mucha prudencia para evitar el disgusto, el resentimiento y la terquedad del educando, y para no exponerlo a la risita picaresca de sus condiscípulos. Queda dicho que el maestro debe impedir siempre la precipitación (p. 81).

*Enseña, no perores.* Hablando no es como se enseña, ni pronunciando discursos. Se enseña mostrando, percibiendo y observando con el alumno, sugiriendo y sobre todo, mirando y escuchando. El alumno debe hacer todo el trabajo, y el maestro es el que menos debe mover los labios. Si el maestro lo dice y lo hace todo, ¿qué deja a su educando? (p. 83).

*Que todo trabajo sea terminado.* Es preciso disciplinar la voluntad y bien acostumbrar el intelecto para la conducta mental, lo mismo que se disciplina y acostumbra el sentimiento para la conducta moral. Y no puede haber peor hábito que el dejar incompleto e interrumpido el trabajo principiado, o hacerlo con descuido. Faltan la claridad y la exactitud de la percepción; la recordación degenera en reminiscencia; no se toma el trabajo de reflexionar; las cosas pasan casi inadvertidas porque no se desciende al fondo de ellas; el conocimiento queda incompleto y, lo que es peor, nos creemos en plena posesión de la verdad y nos acostumbramos a conformarnos con el conocimiento a medias (p. 83).

*Que la atención sea espontánea.* La atención no debe ser impuesta sino nacida del interés que inspire el estudio; y creemos, para decirlo de una vez, que la atención no debe ser reclamada directamente cuando falta, sino provocada indirectamente (p. 84).

*Que tu alumno ponga su sentido en contacto inmediato con el objeto de estudio.* Si no hay sensación no hay percepción; y sin percepción, y repetida, el niño nada conoce. Nada conoce, decimos, porque sería necesario una descripción o definición muy perfecta, y muy desleída y muy fielmente representada; pero muchas veces se presentan a estudio cosas tan simples que no pueden describirse y, además no podría entenderlas el educando si antes no hubiera puesto su sentido en contacto con aquellas cosas que entran en las ideas de la definición. Y tendríamos que por descuidar una observación habría que hacer varias, lo que implicaría mayor razón para este consejo, y aparejaría más dificultad y complicación en el trabajo (p. 87).

La rutina no consiste sólo en la nemónica y falta de método. También es rutina aquella enseñanza que se reduce a peroraciones, a preguntas y respuestas que, no por bien entendidas dejan de estar vacías de sentido (p. 88).

En la enseñanza racional es indispensable la explicación; pero la explicación tiene su ocasión, y no debemos conformarnos con ella cuando se trate de asuntos que se refieren a la naturaleza material, como sucede en la enseñanza intuitiva. No expliquemos, mostremos. Que el alumno aprenda con los sentidos, no con los labios (p. 88).

*Separa el objeto concreto de estudio de todo lo atractivo que pueda distraer la atención.* Sabemos que hay el método que compone y el método que descompone, y que es bueno adiestrar al intelecto en el descubrimiento de las verdades contenidas, mayormente cuando las ciencias tienden hoy a hacerse deductivas (p. 90).

Con lo que queda dicho que tanto podemos proceder por el método analítico como por el sintético. Y en cuanto a la enseñanza, y refiriéndonos al punto de que hablamos, creemos que es mejor el segundo para contraer la atención y la facultad concedora a la cosa de que se trata (p. 91).

Recordemos además en este caso, el principio de pedagogía moderna que aconseja proceder de lo simple a lo compuesto. Y en cuanto a lo continente y contenido no puede prescribirse ningún método absoluto, porque esto se refiere, no a principio de la ciencia pedagógica sino al arte de enseñar, y es claro que está subordinado a los principios y circunstancias especiales (p. 91).

*Sin comparación no hay distinción de semejanza y diferencia.* De lo primero que un educador tiene que hacer es instar a su educando a la comparación, porque sólo cotejando unos objetos con otros es como se puede observar en cada uno las propiedades que los constituyen, con perfecta individualidad (p. 92).

*Que las materias del mismo curso no sean extrañas.* En cuanto a la enseñanza, se comprende que el orden que deben observar las asignaturas debe subordinarse al auxilio que deben prestarse unas a otras, y a la necesidad de desarrollo gradual y sistemático en el alma del niño, en el mismo orden que sigue la naturaleza.

Por otra parte, al formular el programa escolar, debe tenerse en cuenta que las facultades mentales más aptas en un determinado

período de la vida del educando tienen siempre, poco más o menos, el mismo aspecto de intelectualidad y el mismo grado de poder asimilativo (p. 93).

*Nombre no retenido, conocimiento no adquirido.* Porque hayamos recomendado que el conocimiento debe desprenderse de la cosa misma el cerebro, y no por palabra, no se crea que los nombres no merecen la atención del maestro (p. 94).

Como que el nombre no es sino un signo convencional, es claro que la enseñanza por medio de ellos debe ser condenada por ineficaz y dañosa; pero es difícil que el alumno tenga conciencia cabal de un elemento de conocimiento si no conoce o si ha olvidado el nombre con que se le designa. El nombre encarna la idea de un modo tan comprensivo que al traerlo a la mente u oírlo pronunciar, recordamos las propiedades características del objeto. Y hasta aquellas cosas que se le asocian (p. 95).

El maestro necesita, pues, conseguir que su educando imprima en su mente, de una manera indeleble, los nombres de los conceptos que se forma, de las cosas que perciba, de los conocimientos que adquiera (p. 95).

*La lectura es muy importante.* Hay maestros para quienes el saber leer consiste en volver a su discípulo un papagayo o una carretilla. Se conforman con el riiiín de la maquinita de hojalata con que juegan los niños. Pero se observa que esos maestros son del número de aquellos cuyo saber estriba en cierta educación pseudo-literaria medio arcaica y medio presuntuosa. De suerte que ni tienen conciencia de lo que están haciendo ni podrían hacerlo conscientemente aunque la tuvieran, porque ellos mismos no podrían en la mayor parte de las veces, darse cuenta de lo que leen, mucho menos ayudar a su alumno a que se la diera (p. 99).

Mejor que tu discípulo lea, como dicen, de corrida, pero no importa que vaya paso entre paso siempre que comprenda e interpreta bien lo que lea. No lo precipites, que llegará un día en que lo haga como tú lo haces (p. 99).

Mejor es abarcar con la vista poco a poco, palabra por palabra, y abarcar con el entendimiento toda la lectura. La lectura es toda idea, y el maestro no debe dejar pasar ninguna sin que su lector se apodere de ella (p. 99).

*Que tu educando sienta la necesidad de expresar sus propios*

*pensamientos.* Creo son los medios principales de que ha de valerse el maestro; hacer adquirir, de antemano, muchas ideas; dejar al alumno en libertad y provocar la espontaneidad (p. 101).

El lenguaje no es sino el vehículo del pensamiento; es el cauce por donde un cerebro se comunica con otro cerebro; es el verbo subjetivo hecho realidad objetiva. Es preciso, pues, que la vena lleve agua para que fluya el manantial. Es necesario que el escolar, ya por necesidad, ya por pura complacencia propia, ya por medir sus propias fuerzas, ya por otra causa cualquiera que lo impulse a manifestarse espontáneamente, se empeñe en el esfuerzo de elocución, para que haga progresos en el lenguaje (p. 102).

Si no hay ideas propias adquiridas por intuición, si el alumno no siente el placer y el orgullo de su propio adelanto, y no se establece el torneo escolar; si no se ensancha progresivamente el campo de sus conocimientos y hay verdadera elaboración y cultura intelectual; si no hay espontaneidad para que trabaje por sí mismo y se esfuerce con libertad en dar forma al pensamiento que palpita en su cerebro, nada conseguirá el maestro con el apremio, ni con las reglas ni con las frases hechas, porque en enseñanza primaria, aunque parezca paradójico, hay que proceder de dentro para afuera, y no de afuera para adentro, como hacen los maestros que se olvidan de que el niño no puede de sí sino lo que ya tiene en el intelecto (p. 102).

*No pases a un asunto mientras no esté bien conocido el anterior.* Los conocimientos tienen entre sí mutua dependencia, y se van encadenando unos con otros; de suerte que el actual se funda en el anterior.

Toda ciencia o aplicación de ciencia se va desarrollando y desenvolviendo por grados, desde el axioma y los elementos más sencillos e intuitivos hasta los problemas y principios más complicados y abstrusos (p. 102).

Los conocimientos, las divisiones y subdivisiones de los asuntos de estudio son como las etapas de las rocas, que no puede verse la de abajo si antes no se descubre la de arriba.

Pues en ese mismo orden, en esa misma conexión evolutiva y gradual tiene que estudiarlas y aprenderlas el intelecto, porque si la naturaleza no procede por saltos, tampoco debe proceder por saltos la facultad conocedora en la necesidad de prepararse para su propio incremento. El maestro no debe impacientarse; y tenga por cierto

que una de las principales causas de que su alumno no comprenda lo que trata de enseñarle en una lección dada, es su total o parcial desconocimiento de materias anteriores (p. 103).

## MEJORAMIENTO

*La paciencia del maestro obliga al discípulo.* El maestro debe dar ejemplo de moderación y buen genio, si desea que su educando adquiera estas buenas prendas (p. 105).

*Cada educando requiere un género particular de apremio.* El castigo o represión que por mansedumbre o impersonalidad sufre resignado un alumno, irrita y exaspera a otro por juzgarlo demasiado, o por su índole rebelde, por creer que le rebaja y le lastima o por cualquiera causa que le dé motivo, aunque aparente, para encontrarlo inadecuado e injusto.

Todo castigo debe llevar el sello de la equidad y proponerse únicamente la mora del educando. Adecuemos, pues, el castigo, la represión, el apremio a la naturaleza del educando (p. 106).

*Contra la vehemencia, facultades cognitivas y reflexivas.* Aunque el sentimiento y la inteligencia no se opongan a su mutuo desarrollo, existe en estas dos facultades ciertas disparidad que caracteriza sus funciones y las constituye tan distintamente.

Ahora bien, la repetición y el hábito son la base del temperamento psíquico, que se va acentuando a medida que la operación y el ejercicio se van repitiendo, y según que sea ésta o la otra facultad anímica la que más se ejercita, la que más trabaje, no olvidando el poder del gusto y las inclinaciones (p. 107).

*No olvides la influencia del medio.* La razón al partidario, la protección al servil, el incienso de la prensa venal, las obras en que se inventa una doctrina inmoral por halagar al déspota, las fiestas que se dan en su honor, los hombres que se ponen en ridículo por complacerlo y ganárselo, toda estas aberraciones del sentimiento y negaciones de la dignidad, son obstáculos que se oponen siempre a la obra de la escuela (p. 108).

*Que tu alumno ame el bien por el bien mismo....* El hombre, por lo común, se mueve por el interés y se contiene por el temor; el cálculo en todas sus acciones, como si cada día tuviera que probar



que la abnegación, la beneficencia, la fraternidad no son sino lemas vanos que el moralista estampa con letras de oro en la portada de su obra (p. 110).

Al maestro corresponde despertar, engendrar desde temprano en su alma, el sentimiento de amor a lo bueno, para que mañana se contenga ante el mal sin miras ulteriores y por ninguna consideración ulterior que no sea sino la de no oponerse a la razón (p. 110).

*Sentimiento repetido, reavivado.* El niño no dispone ni de la fuerza de voluntad, ni del sentido moral, ni del conocimiento reflexivo que acendran los sentimientos dignos y las acciones laudables. Obra por impulsos, por imitación, por antojo, por movilidad de la mente, por simpatía (aunque éste sea un sentimiento social), sin que pueda dar el por qué de su determinación, y sin el sentimiento permanente que acentúa la manera de ser ética en tal género de manifestaciones y actividades afectivas. Pero puede habituar su sentimiento, por lo mismo que habitúa su intelecto dada la plasticidad de su estado psíquico (p. 111).

*La cabeza refrena el corazón.* En la educación y cultura de los sentimientos lo más acertado es proceder por contraste, esto es, fundar el efecto deseado en el sentimiento, o facultad o fase mental contraria unas veces despertando para reprimir, otras, aunque pocas, reprimiendo para despertar (p. 111).

Además, como el organismo psíquico lo mismo que el físico, se compone de órganos y elementos contiguos que van combinando y coadyuvando sucesiva y progresivamente los más simples a los más complejos, hasta constituir la fase entera, tenemos que para desarrollar un sentimiento, debe el educador atender al cultivo de sus congéneres, observando el orden de semejanza y complejidad constitutiva (p. 112).

... Para combatir la envidia debemos instruir al niño, por lo menos en el amor a los otros hombres, en la justicia, en la caridad y en la honradez. Por fortuna, los sentimientos que originan estas virtudes, aunque no todos son simples, son fáciles de engendrar en el niño porque su vergüenza, valga la expresión, puede hacerse tangible, para los unos, por las consecuencias desastrosas que vemos cada día en muchos desgraciados; para los otros, en el dolor que experimentamos, al contemplar el sufrimiento de aquellos infelices en cuya asistencia tenemos el deber de ejercerlos (p. 112).

*Corrige la exageración.* En el trato con los otros hombres, el exagerado abulta las faltas ajenas o ve grandes virtudes donde no las hay, por lo cual, unas veces intolerante, condena sin razón, y otras se da a admiraciones y preferencias que son pura candidez o apasionamiento. Y es propenso al rencor y nada humanitario porque hasta en las acciones indiferentes está expuesto a ver ofensas, burlas, envidia y otros males que lo lastiman grandemente. En su relación con las cosas, en los negocios, en sus propósitos, esperanzas y aspiraciones descubre inminentes peligros, grandes contratiempos y muy mala fortuna, con lo que se desalienta, sufre y se amilana, y pierde la clara visión del miedo que debe escogitar y las providencias que debe tomar (p. 114).

*Que tu propósito persevere hasta el fin.* El mejor propósito y la intención más laudable nada valen si flaquean el celo y el tesón en las obras que no se realizan en un día (p. 115).

*Aviva el sentimiento de lo bello.* Es tal la influencia que ejerce la belleza en el ánimo, que va creciendo en nosotros cierta delicadeza y cierta suavidad de sentimientos que repugnan no sólo la fealdad material sino la deformidad moral. Parece que el orden y la armonía que encierran las manifestaciones estéticas de la naturaleza van infiltrándose e imprimiéndose en nuestra alma, hasta originar en ella un fondo de congruencia psíquica entre el sentimiento y el funcionar de la razón que se rebela, y se impone cada vez que el hombre trata de dirigir su voluntad (p. 115).

Por la inteligencia conocemos el engranaje, la relación de dependencia en que se hallan los derechos naturales y los humanos, uno respecto de otros y todos respecto de las leyes que los rigen (p. 116).

La voluntad se educa, pero su educación no está en ella misma, está en el sentimiento que es su móvil principal. Pues bien, el sentimiento que es a la vez un estado y una actividad, necesita, por una parte, motivos que lo exciten, y por otra, influencias que lo engendren, lo caractericen y le den fisonomía propia (p. 116).

Formemos el gusto artístico en nuestros alumnos, familiaricémoslos con los objetos bellos, procuremos que sientan y amen la belleza, que será un medio de contribuir con eficiencia a su mejoramiento (p. 116).

*Nunca hay suficiente motivo para la pena de expulsión.* El niño hace parte del municipio y de la Nación y sus padres contribuyen a la

carga del Estado, pues tiene derecho a exigir asistencia de los directores de la sociedad, porque está condenado también a los deberes de hombre y de ciudadano. Y hay el deber social de prepararlo para la lucha por la existencia (p. 117).

Si hoy no se le atiende y se le prepara para hacer vida de hombre bueno y útil, habrá razón mañana para hacerlo responsable de sus extravíos y para juzgarlo y condenarlo cuando se aparte de la senda del bien y de la virtud? (p. 117).

## CARACTER

*A boca de mentira, confianza perdida.* Se necesita evitar que el efecto de la mentira se convierta en vicio. Una mentira no hace al mentiroso, pero es menester poner remedio a tiempo. La doctrina de las reacciones naturales tiene en este número oportuna aplicación (p. 119).

*Falta confesada, corrección comenzada.* ... Nada debe alcanzarse del niño, con violencia; antes bien, hasta donde sea posible deben ser la convicción y el afecto el medio a que deben recurrir para la consecución del éxito en el propósito educativo. La violencia exaspera al niño, y crea en su ánimo un estado que sólo espera edad y tamaño para revelarse, con lo que se malogran la buena intención de esta práctica que es de las más saludables (p. 120).

*No impongas tu opinión a tus discípulos.* No nos cansaremos de recomendar el respeto a la libertad del discípulo; es más; no sólo hay que dejarle en entera libertad de pensamiento y de opinar, sino que el maestro debe hacerle comprender, ya directamente ya indirectamente, su deber de hacerla respetar, y de reclamarla y tomársela cada vez que se trate de negársela (p. 121).

... Debemos tener presente que los errores o las opiniones equivocadas son producto de la ignorancia o de la falta de lógica o de una predisposición del ánimo, por lo cual, si el maestro ha sabido serlo, es casi seguro que el discípulo, instruído suficientemente, se apartará muy poco de la verdad, y casi no errará en sus conclusiones.

*Si incurres en error, confíesalo en alta voz.* Nada duele tanto como confesar que se ha cometido un error. Sin embargo, pocas cosas enaltecen tanto al hombre y dan mayor idea de su grandeza de alma (p. 121).

Esa fuerza egoísta que se llama amor propio nos engaña con una falsa idea de la dignidad, y nos mantiene voluntariamente en la sinrazón, haciéndonos incurrir en la mentira interna, la cual, al ser descubierta por nuestros interlocutores, nos hace perder parte del respeto y de la buena opinión en que nos tenían (p. 122).

La abnegación y la modestia son de las principales virtudes que deben adornar al que se pone al servicio del magisterio (p. 122).

*Convence a tus discípulos de que el cumplimiento de la moral consiste en no oponerse a la razón.* No cortemos ni despreciemos los hilos con los cuales, para beneficio del hombre, están enlazadas causas con efectos, premisas con conclusiones, medios con fines; que en estos hilos misteriosos, en esta red bienhechora descansan nuestro bienestar material y el contento de nuestras almas; y son la prueba más incontestable de la existencia de Aquél que ha de preguntarnos un día qué hemos hecho en las horas de nuestra peregrinación terrenal (p. 124).

Cada vez que cometemos una acción vituperable inferimos un daño a alguien que no nos lo ha hecho, y obramos contra la razón, porque de un modo o de otro destruimos los lazos de solidaridad que existen necesariamente, entre nuestro propio destino y el destino de los otros hombres (p. 124).

*Haz resaltar tu justicia para con tus alumnos.* El hombre que se ve subyugado por un poder despótico disimula su paciencia en la esperanza de un cambio a que él mismo ha de contribuir con las fuerzas de que se sienta en posesión. Piensa en lo que es, se aprecia en lo que vale, y se enorgullece con la idea de que nadie ha de provocarle como hombre, porque los otros hombres respetan en él la facultad de hacerse respetar. Respecto del estado violento de su ánimo, cuando considera el régimen a que sus conciudadanos y su patria están sometidos, no deja de ser pasajero, intermitente, como una tregua a su estado habitual, quizás alegre y apacible, estado de ánimo que apenas influye en el modo de ser de su carácter (p. 129).

Cuanta pena da ver a un niño como sonrío y muestra faz alegre a su tirano, con la esperanza de desarmarle y tornarle afectuoso y justiciero! Pero nada, el déspota nació para vivir entre fieras (p. 130).

No olvide el maestro que su tarea es la de formar hombres para la familia y ciudadanos para la Patria (p. 130).

*No disimules ninguna falta a tu discípulo.* Sé justiciero con todos. No des lugar a que tus alumnos se resientan de ninguna preferencia. Le cobrarán mala voluntad al predilecto, y no verán en tí el árbitro de sus diferencias ni el criterio de sus dudas (p 132).

Si disimulas a un alumno una falta cometida, todos esperan que les disimules las suyas. Desde ese momento no hay disciplina en el plantel (p. 132).

*No induzcas tú mismo a tu alumno a la comisión de una falta.* Hay maestros y padres de familia que no conociendo el corazón humano, viven todo el día riñendo a sus hijos o alumnos por faltas verdaderamente imaginarias (p. 132).

*Usa con tus alumnos las expresiones y los modales de una buena educación.* El maestro es el primer modelo para sus discípulos.

*Créale obligaciones desde temprano a tus discípulos.* El niño que crece sin obligaciones será un hombre indolente y holgazán que no amará el trabajo ni estimará el valor de sí mismo. Cuan desdichado será cuando llegado a la pubertad se encuentre sin valor y sin virtudes para la exactitud, perseverancia y consagración que exigen los negocios de la vida! (p. 133).

*No descuides las acciones sencillas.* Hay padres o maestros que cuando descubren un mal hábito, un vicio en el niño, usan contra él todo el rigor de que son capaces, y se escandalizan de lo que hayan contraído. No comprenden que ellos son los principales culpados, puesto que un vicio no se adquiere en una hora; lo que significa que si hubieran atendido más al pequeñuelo habrían notado muchas veces los síntomas de la segunda naturaleza que es ya difícil de modificar (p. 135).

*Oye siempre lo que diga tu alumno en su descargo.* La escuela es una pequeña república, reflejo, en mucha parte, de la sociedad civil. Es un organismo cuyo funcionamiento tiene, no sólo el propósito de su naturaleza docente, sino el gran propósito de ulteriores resultados, que se relacionan con el hombre del porvenir. Pues a este elemento social, principalmente; a este futuro factor de bien o de mal, debe dirigir sus miras el maestro (p. 135).

*Que tus alumnos no se delaten mutuamente.* Todo el mundo está en el deber de contribuir al orden y a la moralidad, pero nadie tiene derecho a constituirse en espía de los otros (p. 136).

Es tan fácil al niño o al adolescente contraer un vicio o un mal hábito, que cuando encontramos un hecho cuya repetición puede llevarlos a uno de aquellos que se contraen fácilmente porque sus consecuencias se ocultan a las inteligencias tiernas, tenemos el deber de combatirlos con todas nuestras fuerzas (p. 137).

La delación es inhumana, mentirosa, cobarde, y traidora. Evitemos al niño de hoy la vergüenza de ser mañana una mancha social, asqueroso y degradado (p. 137).

Si necesitas de tu alumno un informe, o un testimonio, que te lo dé entonces, pero pública y resueltamente (p. 137).

*Niño cohibido, hombre apocado.* Es cierto que el escolar ha de estar vigilado y dirigido por su maestro, porque el permitirselo y tolerárselo todo sería abandonarlo a sí mismo y hacer para mañana un desgraciado, voluntarioso y estrafalario (p. 137).

Sin embargo, es necesario dejar al niño cierta libertad para poder conocer sus inclinaciones; para observar sus progresos en la distinción del bien y el mal; para descubrir el mayor o menor acierto en el excogitar los medios de que dispone a los fines que persigue; para advertir sus defectos de carácter, en una palabra, para que el maestro obre eficazmente en la obligación en que está de preparar a su educando para las buenas y cordiales relaciones que ha de entablar con los demás hombres (p. 138).

*Niño sin espontaneidad, hombre sin facultad.* No nos cansaremos de repetirlo: nada perjudica tanto al niño como llevarlo de la mano, indicándole siempre lo que debe hacer, y recordándole, en cada ocasión, el oficio o trabajo que corresponde a la hora y día señalados. Se acostumbra a que cumplan, prevean y piensen por él; descuida sus obligaciones, porque sabe que tiene quien esté al cuidado de ellas, en el momento preciso; se desentiende de las reglas que le imponen, porque espera que se las recuerden de antemano, cuando va a llegar el momento de su observancia; no observa la determinación y conducta de los mayores, en ninguna ocasión, por el convencimiento en que está de que no ha de llegar para él el caso de propia y personal resolución; y ni adquiere experiencia de la vida, ni nace en él el sentimiento de la responsabilidad, ni pesa las fatales consecuencias de un error, de una omisión, de una acción imprudente; y crece en esta dejadez y se educa en esta indolencia. De esta manera, no se aguza su entendimiento, no se desarrolla su facultad de previsión, y se forma un hombre incapaz de disponer nada, sin

expedientes en las ocasiones difíciles, sin recursos para la vida, sin encontrar jamás el medio que le conduzca al bien y comodidad tan apetecibles cada día. No seamos para el niño lo que el lazarillo para el ciego; antes bien, dejémosle que disponga en la casa y en la escuela, para que pueda disponer, prever y remediar mañana, en la sociedad (p. 138).

*Observa las inclinaciones de tu educando.* Si en la escuela se ha de instruir y también educar; si se ha de formar al hombre del porvenir para la vida completa, es claro que el maestro tiene la sagrada obligación de formar el carácter de su discípulo en los principios y prácticas más saludables moralmente y que aseguren más la propia dignidad, la estimación, el respeto y el buen trato a los demás hombres.

La escuela ofrece al educando mucha oportunidad de dar a conocer y revelar su carácter de adulto por cuanto sus ideas y acciones de niño son como el reflejo, como la primera fase de su futura manera de ser (p. 141).

... el institutor debe no perder de vista a su educando, sino observarlo constantemente, a fin de que pueda dirigirlo desde temprano y lograr, si se necesita, su modificación moral, por la educación y por la propia y ajena experiencia (p. 141).

*No permitas la procrastinación.* Que el niño, en su vida escolar, no se habitúe a esa dejadez en su trabajo y sus obligaciones, para que se forme hombre activo, previsor y diligente, y no tenga que lamentar un día las consecuencias de la procrastinación (p. 142).

*Valor y entereza ante el peligro y esfuerzo ante las dificultades.* Hay que creer en la educación y, sobre todo, en la fe y la convicción del educador (p. 147).

Nada hay que empequeñezca más al hombre, ni que dé idea más triste de su carácter como el abatimiento en las ocasiones difíciles (p. 147).

*No mates la viveza, conténla.* Hay maestros que quieren que su alumno se mantenga sosegado y tranquilo, inmóvil en su asiento como si fuera estatua. Y si muestra viveza de genio se le hace insufrible, y a fuerza de reconvenciones y castigos pretende reducirlo al estrecho molde que han concebido. No; no hay tipo preconcebido, el maestro tiene que amoldarse a la naturaleza de cada niño y saber, a

este respecto de que venimos hablando, que si su educando es uno el no puede ni debe volverlo otro (p. 148).

La viveza acredita actividad y eficiencia interna. Y de los hombres activos y de movilidad intelectual han sido siempre las iniciativas, las grandes empresas y los ideales hermosos. A veces la naturaleza reposada y tranquila habitualmente acusa para el hombre de mañana, taciturnidad, reflexión, concentración de pensamientos; pero siempre hay un signo por el cual se revelan estas disposiciones que no nacen de la simplicidad y la impersonalidad.

La viveza del niño debe ser dirigida y contenida, no matada (p. 148).

*Que el festivo y de buen humor no degenera en charlatán.* Agrada mucho y es muy simpático un niño que de continuo esté de buen humor, alegre, que tenga siempre un chiste o una ocurrencia oportuna y de buen género. Su carácter comunicativo, sus agudezas y sus gracias le captan cariño y son celebradas por todo el que lo trata.

Pero en esto está el peligro. A fuerza de celebrarlo y provocarlo para divertirse un rato, se le hacen, por lo común, dos daños: el primero, creerse hombre antes de tiempo, capaz de alternar con los hombres; y el segundo, engreírlo y mimarlo hasta la petulancia (p. 149).

### CONFIANZA EN SI MISMO

*Que lo espere todo de sí mismo.* El niño no puede nada por sí mismo, pues no le es dado atender ni a su propia alimentación.

Pero es preciso educarlo en el principio de que lo que un hombre no puede hacer en favor de sí mismo no debe esperar que nadie lo haga por él y, sobre todo, que no deje su propio bienestar al cuidado de los otros (p. 158).

*Que tu alumno piense en el mal.* Es un infeliz aquel que, en su pequeñez de espíritu, se entristece y se amilana pensando que todo ha de salirle torcido, exagerando o dando por cierto el mal antes de tener datos en que fundarlo. No es esto lo que queremos. Queremos que el educando no se habitúe a confiar demasiado en el éxito, sino que piense en que todo está sujeto a circunstancias y contratiempos, a fin de que pueda preverlos de antemano, y se prepare y tome providencias para combatir el tiempo el mal que pueda sobrevenir (p. 161).

*Más hace el que quiere que el que puede.* Conviene educar al



alumno en este principio de la consagración, del esfuerzo, de la resolución, de la perseverancia, y hacer que comprenda y sienta toda su eficacia, toda su eficiencia (163).

*Que desde temprano se observe a sí mismo.* El maestro puede, si lo toma a empeño, engendrar en el ánimo de su alumno el hábito de examinarse a sí mismo examinando sus pensamientos, sus intenciones, sus inclinaciones. Puede estar atento, y cuando vea un hecho de alguno de ellos, cuando oiga una expresión que sirva para el caso, hacer un lugar y examinarla junto con ellos. Examinándola enseña a sus alumnos a examinarla, les indica el método que deben seguir, los inicia y los instruye en el objeto que se propone, les pinta la necesidad de que se observen, se estudien, se corrijan a sí mismos, y va despertando en ellos la propia confianza por el reconocimiento de las facultades que van desarrollando, y por el propio mejoramiento alcanzado con su esfuerzo y su propósito (p. 163).

El educador tiene siempre tiempo y ocasión de hacer este trabajo tan importante para la escuela, para el porvenir de su educando y para la mejora social. "Conócete a tí mismo" es el precepto y la base en que puede descansar la felicidad humana (p. 164).

*Que tu alumno crea en la eficacia del trabajo.* En cuanto a nuestros educandos, que el trabajo no sea sólo un deber, ni una necesidad, sino el ejercicio de un derecho y, más que todo, una virtud (p. 164).

*Que tu educando se acostumbre a bastarse a sí mismo.* El maestro es el director intelectual y espiritual de su educando. Tiene que dirigirlo en sus estudios para facilitarle el aprendizaje; tiene que iniciarlo en los métodos, advertirle las dificultades y ayudarlo a vencerlas, en una palabra, el educando no haría nada en la escuela si lo dejara abandonado a sus propias fuerzas (p. 165).

Debe provocar la iniciativa del niño, y no inmiscuirse en cuanto haga, para no acostumbrarlo a que se le indique todo lo que debe hacer. De otro modo no hará nada de sí. Si quiere que su discípulo sea pura ineptitud, no tiene sino contrariar esta verdad que estamos apuntando. Cuando el maestro no esté sobre él para hacerle el trabajo, buscará un condiscípulo que se lo haga, y no advertirá cuando sea capaz de hacerlo. No se atreverá a nada porque no tiene el hábito de la lucha ni el arrojo y osadía que da el convencimiento de la propia y experimentada facultad (p. 166).

*Combate la pusilanimidad.* Es un insensato el que procede a tontas y a locas dejándose llevar del primer ímpetu sin que la reflexión preceda a la acción. A cada instante comete el hombre hechos de que no tarde en arrepentirse.

Pero también es cierto que el tardo y timorato cuando debe hacer pronto y resueltamente, paga bien cara su débil pusilanimidad (p. 168).

El hombre posee la facultad de raciocinio, no para inacción sino para obrar conforme las circunstancias lo requieran y aunque es cierto que no todos poseen ese golpe de vista, esa rápida concepción que muestra en un momento dado el camino que ha de seguirse, el medio que ha de escogerse para salir airoso en las ocasiones perentorias, nunca falta la expedición que se adquiere con la experiencia y el esfuerzo para los negocios de la vida. Hay que tener fe y moverse con resolución, y no bajar la cabeza y cruzar los brazos ante un asunto que pide pronta resolución.

Que nuestros educandos se formen en estos principios para que no sean hombres apocados e irresolutos (p. 169).

*Que tu alumno se compare con los otros.* Este es un buen medio de estudiarse y conocerse a sí mismo, viendo cómo piensan y se conducen los otros en iguales circunstancias.

Si el maestro encarga un trabajo a la clase, que el alumno compare el suyo con el de sus condiscípulos; y en cuanto al progreso en el estudio y las muestras de mejoramiento, que el maestro lo induzca a la comparación. Si se encuentra inferior, que procure nivelarse con los que le aventajen; si se encuentra superior, que conserve la superioridad, para no venir a menos (p. 169).

## EDUCACION CIVICA

*Los niños tienden a atribuir a otro sus faltas.* Lo que hace hoy el niño por hábito lo hace mañana el hombre por costumbre y por idiosincrasia de su naturaleza moral y volitiva. Por eso es necesario observar sus faltas más pequeñas, sus acciones más insignificantes y sus inclinaciones más embrionarias (p. 171).

Pues bien, que el educando sepa que es indispensable cargar con la responsabilidad de nuestras acciones, y que ni el nombre de hombre ha merecido aquel que después de haber gozado el placer o la

utilidad de un hecho se esquivo, en vez de presentarse con valor y honradez, y permite que sufra otras las consecuencias (p. 172).

*Enseña la tolerancia social.* Nadie está exento de error ni de pecado. Son tantas las cosas que asedian y oprimen al hombre que no puede saberse qué necesidad o qué circunstancia le puso en actividad (p. 173).

El hombre tiene el deber de contribuir a la mejora del otro hombre y está casi obligado a encaminar al que se echa por el atajo y al que sostiene el error; pero no ha de verlo todo, ni convertirse en espía delator del otro hombre, ni creerse disciplina social, ni exasperarse por lo que crea prevaricación, ni queremos que las cosas sean sólo como él las ha concebido (p. 174).

Corrijamos, pero tolerando; ni irriteamos, ni lastimemos, ni rechacemos, ni proscribamos, que el resultado se consigue con la moderación, con el respeto, con la persuasión y con el tiempo (p. 174).

*Que tu alumno aprenda a respetar las categorías establecidas por la naturaleza y por la necesidad del orden social.* Quien no ama a su hermano ni obedece a sus padres, ni los respeta y honra y considera como es debido, es incapaz de aceptar el compromiso tácito que todo ciudadano ha hecho con la sociedad y con el Estado; de acomodarse a los principios y preceptos en que descansan el orden y la estabilidad social y política (p. 175).

*Después de estas categorías naturales y políticas, no hay otras sino las del saber y la virtud.* En las sociedades modernas privan muchas habilidades y dones de oropel de que no se hacía mérito en los tiempos y pueblos en que se juzgaba del valor de las cosas por su bondad intrínseca o por su utilidad bien entendida.

Hoy es objeto de admiración el que maneja bien la intriga; el que sabe asaltar el poder, aunque pisotee la ley y riegue de sangre el camino; el audaz; el que se enriquece a costa del sudor y del bienestar ajenos; el que tiene habilidad para engañar y mentir con talento descarado y formas caballerosas; el que pase resuelto e insolentemente por encima de todos los respetos (p. 175).

Es una sociedad que retrocede y decae aquella en donde los malefactores encuentran hombres que los sustenten, caras que les sonrían, labios que los celebren, lengua interesada que los adulen; aquella donde el elogio lo merece siempre el éxito, donde los

ciudadanos alfombran el camino para vitorear y conducir en triunfo al que ha de labrar la ruina de todos, al que acaba de ahogar en un lago de sangre las libertades ciudadanas.

No hay más mérito que el del saber y la virtud. Aprendamos a descubrirnos ante estas dos potencias de verdadero bien, y a permanecer indiferentes cuando falten estos dos grandes objetos de gratitud y veneración (p. 176).

*Cuando tu discípulo realice una buena acción que no espere recompensa.* No se premien materialmente, pero tampoco se dejen pasar inadvertidos. Que nuestros educandos se formen hombres que en sus actividades de naturaleza jurídica, y en el cumplimiento de sus obligaciones humanas y sociales, cumplan su deber y ejerzan su derecho sin miras ulteriores ni esperanza de recompensa (p. 177).

*Sostengamos nuestras opiniones, pero recordemos la posibilidad de estar errados.* De nada serviría la posesión de la verdad si no habrá de ser reconocida por los otros, y si no fuéramos capaces de sostenerla y defenderla, sino que nos apocáramos ante el argumento más fuera de razón y el sofisma más especioso, o ante la risa impertinente o el aire de triunfo o charla truhanesca de un necio discursista.

La razón se defiende por sí misma; y si cuando creemos tenerla de nuestro lado nos mostramos débiles, ¿para cuándo hemos de dejar la energía de carácter? Y si por dejadez e indiferencia, ¿qué otra cosa merecería nuestro empeño y diligencia? (p. 177).

Pero no quiere esto decir que hemos de ser tercios o irracionales, no; si de una nueva consideración del asunto o de las razones que se nos aduzcan resulta claramente que estamos en error, es un deber el plegarnos a la razón y a la verdad. Porque si es un simple el que se deja vencer sin argumentar, es un petulante irracional el que sigue argumentando después de estar evidentemente vencido (p. 178).

*Que tu educando conozca bien antes de juzgar o calificar.* Si la ligereza de juicio no causara a veces tanto daño, no habría para que describirla en el número de los defectos que conciernen al trabajo educativo.

Nadie debe aplaudir ni condenar una acción mientras no haya visto y pensado bien las causas, las circunstancias que impelieron a ella (p. 178).

No afirmes ni niegues nada de que no estés completamente seguro, ni opines ni emitas juicio condenatorio mientras no tengas razones incontestables en que fundarlo. Creo que sería injusto calificar de antropófagos a aquellos desgraciados náufragos que en medio del mar, y después de varios días en completo ayuno, obedecieron al natural instinto de conservación en uno de sus compañeros designado por la suerte (p. 179).

*Que tu alumno cumpla siempre sus deberes escolares.* El educador no sacaría de la escuela todo el provecho necesario, si viera con indiferencia y apatía tanto la forma en que deben hacerse los estudios para sacarles fruto, cuanto las reglas y buenas costumbres de toda especie establecidas por la moral y la disciplina de la escuela.

Pero la economía de este número no se limita al educando y la escuela, su principal fin es ulterior, se refiere al hombre de lo porvenir.

*Despierta en tu alumno el sentimiento y exacta noción de libertad.* Es necesario no sólo entender bien lo que se llama libertad, para no pretender más de lo que el derecho permite, sino estar siempre dispuesto a reclamarla cuando quieran arrebatarla, valiéndose de los medios que aconsejan la ley y el mismo derecho (p. 82).

En la escuela, que es una pequeña República, puede el maestro formar a su discípulo en principios y hábitos de verdadera libertad, y en el deber de respetarla, sostenerla y defenderla (p. 183).

*Que tu educando vea con interés el bienestar ajeno, y que contribuya a él eficazmente.* Todo hombre tiene el deber de ser útil a la sociedad en que vive (p. 183).

El altruismo es una consecuencia de la solidaridad; y si quisiéramos que los nuestros fueran buenos y cultos contribuiríamos al bien y a la cultura del medio en que han de vivir y formarse<sup>184</sup>.

*Que tu educando sepa que no vive en un mundo de ángeles.* Desventurado el que al iniciarse en la vida de hombre crea hacer su entrada en un mundo de amor y confraternidad. No es humano enterar al educando del egoísmo, las traiciones, las envidias, las calumnias, los odios, las deslealtades, las infidencias con que de cuando en cuando nos obsequiamos mutuamente los hombres (p. 186).

Pero advirtámosle prudentemente que los hombres somos hijos de la tierra, que las faltas, las caídas, los errores son propios de los hombres, y que no deben, por tanto, extrañar estas deficiencias ni estigmatizar con su aversión al que no esté al nivel de los principios que forman su credo moral. El hombre debe dirigir, corregir, construir, mejorar, pero no odiar ni despreciar al susceptible de corrección y mejoramiento, porque con la violencia y la intolerancia nada conseguiría, y porque tendría que condenarse a una vida de completo aislamiento y ascetismo (p. 187).

*Inculca en tu educando el valor moral.* El verdadero valor es aquel que no sólo deja intactas las facultades del hombre sino que las pone en acción, como que el hombre obra entonces impulsado por ellas, en completo dominio de sí mismo (p. 188).

Eduquemos a nuestros alumnos de manera que no les falte en los momentos difíciles de la vida (p. 189).

*Que tu alumno sepa lo que significa el Día de la Patria.* Se necesitan actos que edifiquen a la juventud y a la niñez, que enardezcan el ánimo en el fuego del patriotismo, que les hagan pensar en la abnegación de los que se sacrificaron por la Patria, que los lleven y sientan la noble ambición de imitarlos y superarlos, si por desgracia se presenta la necesidad (p. 190).

*No se debe estar soñando con un puesto público.* Desventurado el pueblo donde el dinero que corra sea el de los fondos públicos!

Los fondos del erario público no constituye riqueza (p. 191).

No es indecoroso el vivir del presupuesto, porque es servicio que se presta, trabajo honrado que se hace; pero no es muy cuerdo el estarnos con los brazos cruzados, aspirando a un puesto público, esperando siempre que en la Gaceta Oficial figure nuestro nombre entre los agraciados (p. 191).

El que vive a sueldo pierde mucha parte de su libertad, pues lo natural es no querer desagradar al que lo paga, y pierde mucho también de su iniciativa, pues al cabo de años se encuentra uno inhábil para toda otra ocupación, con lo que se inutiliza y muere en la miseria porque en la seguridad de que el sueldo no ha de faltarle, si gana ciento gasta ciento uno, viviendo siempre al día sin ahorrar un centavo para mañana (p. 192).

Que nuestros alumnos se formen hombres que repugnen esta enfermedad de la empleomanía (p. 192).

*No tengamos ídolos, pero sostengamos con la opinión al mandatario que es garantía de bien y de moralidad política, aunque nada esperemos de él personalmente.* Todo ciudadano debía hacerse una obligación el sostener y prestigiar un buen gobierno, así como es un deber el hacer el vacío alrededor del que carezca de esta condición. No haya enamoramientos apasionados ni antipatías por predisposición o por interés, sino que la conducta sea dictada por la justicia y la razón y por el deseo del bien general que todo ciudadano debe sentir como una de sus principales aspiraciones (p. 192).

*En la vida pública no hay complacencia al representante del poder sino ley, conciencia y honor.* No desoigamos la voz de la conciencia, ni perdamos nuestro crédito, no manchemos nuestro honor, que nadie ni nada puede obligarnos a más allá del deber y de la ley (p. 195).

No hagamos nada contra nuestras convicciones por temor a consecuencias ulteriores, ni por cálculos para el porvenir, a menos que la ley obligue. Si la ley es dura, el deber obliga; pero las esperanzas no deben fundarse sino en nuestras aptitudes y nuestros méritos de buena calidad (p. 196).

*El derecho se ejerce, a pesar del torrente.* Puede decirse que la vida en la nación es el resultado de derechos ejercidos. Todo género de derechos y libertades. La vida es más completa mientras más completo es el goce de nuestro derecho, por su ejercicio con los unos y su respeto y reconocimiento por los otros y por todos (p. 201).

*La ciudadanía es un deber.* Todo ciudadano es un centinela del derecho, un soldado de la ley, porque la ley y el derecho serían un mito si los que se han dictado la ley a sí mismos, aquellos en quienes radica el derecho no se encargan de hacer cumplir la una y respetar el otro. ¿Quién ha de venir a hacerlo por nosotros?

## BIBLIOGRAFIA

Brugal, P. Rafael A. "Escuelas Establecidas en Puerto Plata entre 1848-1900" *EME-EME, Estudios Dominicanos*, Vol. IV, No. 23, UCMM, Marzo-Abril, 1976.

Dubeau, José, *Procederes, Guía para Maestros*, 1978.

Escobal, Luis S. *Folletos y otros Escritores*, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, 1976.

*Libros de Actas del Ayuntamiento de Puerto Plata, Años 1900-1903.*

